

Aunando lo aparentemente irreconciliable: una mirada especial al mundo de significación humana

Silvia Español
Universidad de Buenos Aires

Rivière, Á. (2003). *Obras escogidas*. Volumen II. *Lenguaje, simbolización y alteraciones del desarrollo*. Compilación de M. Belinchón, A. Rosa, M. Sotillo e I. Marichalar. Madrid: Editorial Médica Panamericana.

En el Vol. II de las *Obras escogidas* de Ángel Rivière, se recogen algunos de sus trabajos producidos entre 1978 y 1991. Muchos de ellos son conferencias o escritos inéditos que reflejan sus primeras aproximaciones a temas que seguirá elaborando en años posteriores (y que se encuentran expuestos en el vol. III de la compilación); ellos brindan, por tanto, la oportunidad de observar la evolución de su pensamiento. Otros, en cambio, son textos seminales que tienen justamente la virtud contraria: permiten entender sus últimas formulaciones porque en ellos analiza con demora y detalle cuestiones que dará por supuestas en trabajos posteriores. Sin embargo, a todos ellos los caracteriza una cierta actitud que hace que cada uno sea en sí mismo una pieza única e irremplazable. En *La realidad es el mensaje. Escuela de Palo Alto, el mundo como comunicación*, probablemente el texto más corto de este volumen, Ángel Rivière cuenta una historia en la que un señor de mediana edad al salir de una tienda descubre que ¡le han robado el universo! El hombre era de natural calmo y tranquilo y no le pareció adecuado hacer una escena: al fin y al cabo se había producido un hurto, mayor de lo habitual, pero al fin y al cabo un hurto. Con humor, Rivière nos propone no desesperar y adoptar el mismo ánimo calmo ante los hurtos, mayores de los habituales, que algunos científicos sociales perpetran al querer reducir la realidad a la comunicación. Al leer cada uno de los trabajos recopilados en este volumen, se nos impone la imagen de un hombre de mediana edad que no sólo se asombra ante los hurtos que la psicología, inevitablemente, comete sobre el mundo de significación humana, sino que calmamente, con un trabajo riguroso que aún la investigación empírica, el debate teórico y la labor clínica, logra devolvernos partes del universo hurtado.

Así, en los trabajos recogidos en los primeros capítulos, aborda el problema, tal vez misterio, del autismo trayendo a escena la dimensión cognitiva del modo de ser autista olvidada, hasta mediados de los años 70, en aras de acentuar la naturaleza afectiva del trastorno. Insiste, primero, en la búsqueda de las disfunciones cognitivas –perceptivas y lingüísticas– que recluyen a la persona autista en un mundo vivido sin las dimensiones de significación del nuestro; pero

Correspondencia: Programa de Estudios Cognitivos. Facultad de Psicología. Universidad de Buenos Aires. Independencia 3065. Piso 3° Box 8 (CP 1225). Buenos Aires. Argentina. Correo electrónico: silviaes@psi.uba.ar

inmediatamente extiende el dominio cognitivo hacia la interacción, la comunicación y la simbolización, resaltando la esencial dificultad de la persona autista para «construir significados». En *Interacción y símbolos en autistas*, el análisis realizado en los trabajos anteriores se continúa y condensa en una de sus tantas síntesis magistrales. Frente a las tradicionales interpretaciones en pugna acerca de la naturaleza del autismo –aquella que lo considera fundamentalmente una perturbación de carácter afectivo que da lugar, secundariamente, a trastornos de funciones cognitivas; y aquella que plantea justamente la cadena inversa– nos asombra señalando que, desde un punto de vista evolutivo, la discusión carece de sentido. Tomando en serio la hipótesis vygotskiana del origen social de los mecanismos intrapsíquicos o, lo que es lo mismo, de la génesis interactiva de las funciones superiores, muestra cómo la adopción de una perspectiva genética permite evitar callejones sin salida: lo que se encuentra primordialmente alterado en el autismo es la capacidad de interacción; y ella está en la base, se encuentra en la génesis, tanto de las funciones cognitivas como afectivas. Nos reintegra así el universo complejo de la naturaleza del autismo en un movimiento en el que no es posible distinguir qué es primordial, si la lucidez de sus interpretaciones teóricas o su intensa labor clínica con niños con autismo. Más allá de algunos cambios que habrá en sus ideas, especialmente cuando analice el autismo como un posible trastorno del Sistema de Teoría de la Mente, el texto es una clara muestra de su convicción de que la psicología para enfrentar algunos problemas ha de tomar inevitablemente una perspectiva genética.

En el mismo escrito, remarca la necesidad de examinar a fondo la génesis de las competencias interactivas y comunicativas en el niño normal si se desea comprender el desarrollo alterado. Y basta dar vuelta a la última página y asomarse al siguiente artículo –*Acción e interacción en el origen del símbolo del niño*– para encontrarse con uno de los más grandes análisis del camino que conduce de la interacción al símbolo en el desarrollo normal. Muchas de las cuestiones centrales discutidas en este texto están expuestas también en el anterior. Todas ellas atañen a lo que podríamos llamar las vicisitudes del significado en el mundo interpersonal, lo cual refleja que bajo su mirada el desarrollo normal y alterado son el anverso y reverso de una misma moneda que gira sobre el suelo de los procesos de significación humana.

En alguna ocasión, le he escuchado decir que nuestra disciplina es demasiado joven y que no contamos con la suficiente proliferación de ideas como para permitirnos el lujo de echar por la borda los pocos cuerpos teóricos generales con los que contamos. Su estrategia ha sido siempre la búsqueda de síntesis creadoras, y una de sus cualidades más sorprendentes el saber mantener los contrarios en su pensamiento, sin desvirtuarlos. Ciertamente, en *Acción e interacción en el origen del símbolo del niño*, se plasma su maestría en aunar lo aparentemente irreconciliable. Es éste uno de los textos pioneros en la observación y análisis de la función comunicativa de los símbolos infantiles y en la propuesta –fruto de la incorporación, durante la década del 70, de la pragmática a los estudios de adquisición del lenguaje– de que la concepción original piagetiana de la función semiótica debe escindirse en dos capacidades evolutivas relativamente independientes: la representación y la simbolización, esta última

ineludiblemente vinculada a la comunicación. En un contexto de recuperación y crítica de la teoría de la función semiótica piagetiana, analiza, con un espíritu vygotkiano, el origen social, la motivación comunicativa, de los símbolos infantiles y, manteniéndose en un punto óptimo de tensión entre las dos grandes tradiciones en la psicología del desarrollo, elabora una concepción original de la naturaleza y génesis de los símbolos enactivos. De acuerdo con Piaget, postula la existencia de símbolos preverbales, motivados, creados por el niño, que presentan una cierta marca de deformación; pero en discordancia con él, y en sintonía con Vygotski, privilegia el contexto de interacción que los torna posibles y el lugar esencial de la acción instrumental en su génesis. De tal modo, devuelve al panorama de una psicología que entonces, y aún en parte ahora, privilegia al lenguaje por sobre cualquiera otra clase de signos la riqueza de símbolos nacidos para comunicarse, no verbales sino gestuales o enactivos.

Aquello que observamos, lo que luego será dato empírico, son como cuerpos celestes sin luz propia que sólo se tornan visibles si algún rayo teórico los ilumina. La teoría de la inteligencia sensoriomotora de Piaget sacó a luz la capacidad preverbal de formación simbólica signada por la asimilación, en un niño concebido como un tanto aislado socialmente pero pleno de interacciones con el medio físico. La teoría socio-histórica de Vygotski subsumió la formación simbólica a la aparición del lenguaje y a la asunción del rol o papel en el juego protagonizado, entendiendo al niño como un ser social desde el inicio. Ángel Rivière, congeniando los dos modos básicos de interacción del niño contemplados en las psicologías del desarrollo clásicas –la interacción con el mundo físico y con el mundo social– detecta, quizá podría decirse que descubre, símbolos que hasta entonces no habían sido observados en la literatura psicológica: esas cosas algo extrañas que hacen con sus acciones los niños de menos de dos años cuando precisan comunicarse con los otros acerca de objetos ausentes. Ellos reflejan el modo en que concibe al niño: como alguien urgido por la necesidad de comunicarse, de compartir con los otros, que es capaz de crear, con su propia acción, signos idiosincráticos, originales que tienen, a diferencia del arbitrario signo lingüístico, una relación motivada entre significante y significado, o –como suele decirlo él– tienen una cierta *vocación de metáfora*. Los símbolos enactivos transluce también cómo concibe al sujeto humano, o qué partes de la humanidad más lo conmueven. No casualmente en algún lugar se ha referido a la ontogénesis como *ese proceso formidable que, entre otras muchas cosas, permite la conversión paulatina de algunos mamíferos en algunos poetas*.

Ángel Rivière oscila entre las dos tradiciones en psicología del desarrollo, apoyándose, a veces, más en una que en otra para generar su propia mirada del desarrollo humano. Pero no se detiene ahí sino que, además, enlaza la génesis de la formación simbólica infantil con aquello que va más allá de la interacción, o con aquello que la determina, posibilita y constriñe: la dotación genética con la que el recién nacido humano llega al mundo. Si hay un efecto claro de la labor de la moderna psicología cognitiva del desarrollo es el cambio crucial que produjo en la concepción de la naturaleza humana o en lo que se denomina el estado inicial. Gracias a ella, el neonato humano dejó de ser contemplado como una página en blanco en la que todo estaba por ser escrito y empezó a ser visto como

una clave para entender mucho de aquello que nos caracteriza como especie. Ángel Rivière hace acopio de los hallazgos que asombraron a los propios psicólogos, hacia finales de los años 70 y principios de los 80. En particular, se ocupa de aquellos que aluden a cierto tipo de conocimiento innato acerca del mundo social, los organiza en lo que denomina *Programas de Sintonía y Armonización con las personas* y, sin demora alguna, acude a una cita para él insoslayable: el debate innatismo-constructivismo.

La polémica es vieja, pero tiene ahora un nuevo matiz, los innatistas tienen una curiosa filiación: son los defensores del paradigma de cómputos sobre representaciones, de la denominada psicología sub-personal o de tercera persona, aquellos que, aunque un poco disfrazados, en último caso proponen un lenguaje del pensamiento que permite superar los lenguajes sensoriales. El descubrimiento de la capacidad de imitación neonatal, de los fenómenos de sincronía interactiva entre respuestas motoras del bebé y parámetros físicos de la voz humana, de los fenómenos de reconocimiento transmodal, entre otros, dieron lugar a la idea, de corte cognitivista clásico, de que los bebés están dotados desde el nacimiento de un código abstracto y supramodal de representación. Puestos a atribuir competencias cognitivas complejas al bebé, algunos incluso afirman que las capacidades de imitación y sincronía interactiva implican un juicio categorial abstracto del tipo «yo soy como el otro, el otro es como yo». Juicio posible gracias a la posesión de un código abstracto de información que permite establecer transferencias intermodales. De tal suerte, el código supramodal de representación tiene implicaciones directas nada más que en el despliegue de lo más cálido del acontecer humano. Sin lugar a dudas, se trata de un intento intrépido de la mirada fría, computacional, de avanzar sobre la dimensión de la interacción social y, en particular, sobre lo, al menos intuitivamente, menos reducible a la mente de cómputos sobre representaciones: las experiencias primarias de intersubjetividad.

Atento a la información proveniente de los estudios experimentales en el recién nacido y defensor del valor que tiene en psicología la concepción de lo mental como una maquinaria universal de cómputos sobre representaciones, Rivière discute, sin embargo, el supuesto de que la capacidad de los bebés de traducir una información de una modalidad a otra requiera necesariamente de una explicación en términos de un código de representaciones abstractas innato. La atribución al neonato de la capacidad de operar con un código abstracto de información no es más que otro caso de *fuga hacia adelante*, como dice en *Interacción precoz. Una perspectiva Vygotskiana a partir de los esquemas de Piaget* –texto en el que profundiza su distanciamiento con las posturas innativistas o performistas en psicología–. Y más aún, discute la extensión de esta mirada preformista, innatista, hacia los fenómenos de intersubjetividad o de reconocimiento de los otros. Inferencias del tipo «yo soy humano; él es humano; yo soy como ellos», son un punto de llegada del desarrollo y no un punto de partida. Dar por sentado, o por innato, competencias tan complejas deja casi nada por construir en el desarrollo. ¡El hurto es extremo! Se está dando por resuelta una de las preguntas esenciales a la que la psicología ha de enfrentarse. *Y a algunos psicólogos* –dice Rivière– *no nos proporciona ninguna satisfacción heurística el recurso de alejar del plano propiamente psico-*

lógico la explicación de los fenómenos fundamentales de los que tenemos que dar cuenta.

Diseminados en el conjunto de los textos nombrados, así como en *Interacción y desarrollo de la comunicación en el periodo sensoriomotor*. El niño social, el lector puede encontrar su análisis complejo y detallado del camino que parte de un rico, pero no omnipotente, estado inicial del bebé —que se complementa con un no menos predeterminado comportamiento de las figuras de crianza— y que se extiende y ramifica a un ritmo vertiginoso hacia el nacimiento de la comunicación intencionada, hacia la formación simbólica, la creación de ficción y desemboca finalmente en la posibilidad de realizar inferencias complejas que implican la representación del mundo mental del otro. La maquinaria perceptiva y atencional del bebé está diseñada de forma tal que sintoniza con los parámetros que definen la estimulación social, a la vez que el bebé da respuestas armónicas a los estímulos sociales que recibe. Estos rasgos, que hablan de un sistema cognitivo inicial precableado para la interacción social y que definen los programas de sintonía y armonización, suponen la capacidad innata de establecer correspondencias entre información proveniente de diferentes modalidades. Pero la hipótesis fundamental, que Rivière trata desde perspectivas distintas en diversas ocasiones, es que a poco llevarían todos esos complejos y delicados mecanismos si, entre otras cosas, el bebé no estuviese rodeado desde el principio de personas que otorgan significación humana a sus conductas, que dan respuestas contingentes a sus conductas, que brindan una estimulación (basada en la estructura repetición-variación) ideal para mantener el estado atencional del bebé alerta y para incentivar la principal labor que su sistema cognitivo habrá de hacer una y otra vez: extraer invariantes. Los delicados mecanismos con que cuenta el bebé logran despertar «pautas de crianza» en sus cuidadores permitiendo que se establezcan las primeras experiencias de intersubjetividad. Pero ellas, insiste Rivière, están lejos de ser una experiencia cognitiva de identidad obtenida mediante inferencias. Se trata más bien de una intersubjetividad primaria, fundida, corporeizada, en la que se comparten y coordinan estados emocionales internos. Los padres —esos buenos «psicólogos naturales»— usan estrategias sutiles que optimizan, andamian, el desarrollo interpersonal del bebé (desde la modificación del habla que dirigen al infante, la sobreatribución de intenciones a las conductas más tempranas de sus hijos, hasta procedimientos que facilitan la construcción de una topografía de la acción comunicativa). Tornan posible así el complejo recorrido evolutivo que permitirá que paulatinamente emerjan capacidades inferenciales mentalistas, íntimamente vinculadas con el desarrollo de las habilidades comunicativas, la conciencia reflexiva, la capacidad de simulación y ficción, y que finalmente dará lugar a que, hacia los cuatro-cinco años, lleguen ellos mismos a tornarse buenos psicólogos naturales, como sus padres, e interpreten y predigan la conducta de los otros y de ellos mismos en términos de intenciones, deseos y creencias.

Cuando se presta atención al paisaje evolutivo que nos muestra Ángel Rivière, es posible ver cómo combina dos modos de acercamiento a las habilidades mentalistas. Si bien concibe las tempranas experiencias de intersubjetividad en términos no inferenciales, su abordaje al problema de las otras mentes sólo se

completa con su preocupación por la complejidad representacional que la comprensión del mundo mental supone. Así, en *Autismo y teoría de la mente*, discute por primera vez los aspectos representacionales implicados en las habilidades mentalistas –la capacidad de operar con metarrepresentaciones–. Pero a la vez, en el texto puede observarse que, desde que se enfrenta al problema, sugiere un posible vínculo genético entre los sistemas de acceso a lo mental más primarios –que no implican una representación del otro sino una experiencia prenatal de contacto en la que se comparten y coordinan estados emocionales internos– y las capacidades metarrepresentacionales que emergen posteriormente en el desarrollo. De tal suerte, no permite que la mirada representacional se apropie de la totalidad de la mirada mental humana. La versión representacional supone que nuestro conocimiento de otras mentes se basa en alguna clase de representación abstracta y en la capacidad de operar con metarrepresentaciones. Planteado así, el acceso a otras mentes supone la existencia de representaciones de una representación atribuida a otro sujeto; es decir, se trata siempre de algún conocimiento de lo que una tercera persona tiene en mente. Esta perspectiva de tercera persona atrae poderosamente a Rivièrè, probablemente porque se adecua más a un intento mecanicista de explicación. Pero insisto en que aun cuando por primera vez se adentra en ella intenta congeniarla con la primera, aquella que implica la puesta en contacto de dos subjetividades, que se encuentra impregnada de experiencia consciente y es, por tanto, inasible y no reducible a términos mecanicistas.

Aunque principalmente preocupado por los procesos humanos de significación, Rivièrè, poco dado al antropocentrismo, siempre tiene presente que no somos los únicos seres afectados por esta dimensión. Uno de los últimos textos recopilados en este volumen –*Comunicación animal y la evolución del lenguaje*– da cuenta de su preocupación por situar la producción humana de significado dentro del extenso campo de la zoosemiótica. Describe así las expresiones emocionales, las metonimias y los símbolos que constituyen los complejos sistemas de regulación de conducta y de comunicación esparcidos en el mundo animal. A su vez, señala la forma peculiar que estos mismos signos adoptan en el mundo humano, y en esta dirección analiza el lenguaje como un código simbólico posible de ser comparado con otros códigos presentes fundamentalmente en los insectos sociales. Y, a la par que da cuenta del llamado «desierto evolutivo» que rodea al lenguaje humano en sus aspectos estructurales, se ocupa de la posible continuidad filogenética en términos funcionales. Finalmente, en *Procesos pragmáticos y atribución de estados mentales*, enlaza el desarrollo ontogénico y filogenético del lenguaje (en sus aspectos funcionales) con el Sistema de Teoría de la Mente y defiende la idea de que la posesión de un, aunque sea rudimentario, Sistema de Teoría de la Mente es condición necesaria para la adquisición del lenguaje.

Los temas reseñados hasta ahora –la naturaleza del estado inicial del infante humano, las experiencias de intersubjetividad, el nacimiento de la comunicación intencionada, la creación de símbolos enactivos, el juego de ficción, el Sistema de Teoría de la Mente, la continuidad-discontinuidad de las distintas formas de semiosis humana y animal– serán, en la década del 90, tópicos centrales de su obra y se reorganizarán en sus dos últimas concepciones generales del de-

sarrollo: lo que puede llamarse su Cartografía de las Funciones Mentales, en especial la elaboración de las Funciones Críticas de Humanización, y su Teoría de Semiosis por Suspensión (ambas tratadas en los trabajos recopilados en el vol. III). Sin embargo, como comenté al inicio, sus primeros abordajes a estos temas brindan en muchas ocasiones un análisis detallado esencial para comprender sus trabajos posteriores. Insisto en ello porque no creo, por ejemplo, que cambiara o mejorara su concepción de los símbolos enactivos. Si bien los reubicará como un modo particular de suspensión semiótica, lo cierto es que el «símbolo del mechero de Pablo», descrito en *Acción e interacción en el origen del símbolo*, mantendrá toda su intensidad y Rivière remitirá reiteradamente a él. Por otro lado, algunos textos –como *Interacción y símbolos en autistas* o *Interacción precoz. Una perspectiva Vygotskiana a partir de los esquemas de Piaget*– dan la oportunidad de mirar, como a través de una lupa, la elaboración de la integración teórica que subyacerá en sus escritos posteriores (recuérdese que por esas fechas había escrito el libro *La psicología de Vygotski*). A su vez, la imposibilidad de encasillarlo en ninguna corriente se mantendrá en sus trabajos posteriores: seguirá siendo tan vygotskiano y tan piagetiano, tan cognitivista como lo reflejan los artículos compilados en este volumen. Y su preocupación por no abandonar, no relegar, ninguno de los dos modos de aproximación a la comprensión de las habilidades mentalistas signará su producción posterior.

Quizá porque me parece un holograma de su modo de hacer psicología, este último punto es para mí crucial. Las tempranas experiencias de intersubjetividad, ese contacto empático y directo con el mundo mental del otro, detalladamente tratadas en los trabajos reseñados, seguirán siendo una de sus preocupaciones centrales en los años 90. Y Rivière no cesará en su intento por enlazarlas con el conocimiento del mundo mental del otro que se basa en la existencia de representaciones de una representación atribuida a otro sujeto. Esta búsqueda por aunar lo aparentemente incompatible puede entenderse como el motivo de gran parte de sus escritos. Puede comprenderse también como una instancia privilegiada de su preocupación general acerca de la concepción de lo mental. Creo que su preocupación y búsqueda reflejan su conocimiento certero sobre las ventajas, pero también los límites, de la concepción de lo mental como un sistema de cómputos sobre representaciones. Pero también su convicción de lo desacertado que sería que dejáramos fuera del universo psicológico lo que posteriormente, en su libro *Objetos con Mente*, llamará la mente de William James: la mente fenomenológica que se predica en primera persona del singular, aquella a la que tenemos un acceso directo, privilegiado, pero que es esencialmente inasible para el conocimiento científico. Rivière defiende el valor que tiene en psicología la concepción de lo mental como una maquinaria de cómputos sobre representaciones; pero no por ello olvida que esta mirada fría, aunque útil y motor de avances no menores en nuestro conocimiento de la mente, no abarca en lo absoluto la complejidad del psiquismo humano. Lo atrae, en extremo, el reto, tal vez imposible, de conectar la mente concebida como artefacto natural, subjetiva, que se predica en la primera persona del singular, con la mente como sistema de cómputos, subpersonal o de tercera persona e inaccesible a la conciencia.